

Homilía del P. Darío Perera

Celebración de la Profesión Perpetua de Gustavo Ortiz

Santuario del Sagrado Corazón, San Justo, domingo 22 de mayo de 2022

Queridos hermanos:

Estamos aquí, esta mañana, para celebrar la profesión religiosa perpetua de nuestro hermano Gustavo Ortiz. Nuestra alegría es inmensa. Y lo es especialmente porque desde nuestra fe creemos que hoy estamos celebrando un misterioso encuentro entre el llamado de Dios y la apertura, el sí, que hoy vamos a escuchar de Tabo. Toda la existencia humana es siempre ese diálogo misterioso, intenso, comprometedor entre un Dios que llama y la libertad humana que responde. Es un encuentro marcado por la desproporción entre el sueño que nos regala Dios en cada llamado y la limitación de nuestras respuestas. A veces nos atraviesa el miedo, la inseguridad, cuando somos conscientes de nuestra pequeñez, pero también estamos ciertos de su amor, y que nuestro sí está sostenido por su inmensa ternura. Acabamos de escucharlo en el evangelio: “No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero.”

Esta mañana, esta celebración, es en sí mismo un signo de este misterio. Un signo que interroga el sentido del andar humano en este mundo, en esta vida, en esta historia. El interrogante lo podemos formular de muchas maneras: ¿Por qué un joven es capaz de entregar toda su vida al servicio de otros? ¿Esta entrega no implica demasiadas renunciaciones? ¿Cómo se explica en pleno siglo XXI, marcado por la exacerbación de la subjetividad, que alguien piense su subjetividad desde la entrega al otro? Podríamos seguir agregando muchas otras preguntas, pero déjenme afirmar que justamente este paso, esta consagración, es ella misma el signo. Todo signo abre una ventana, señala un horizonte, no tiene la pretensión de confrontar ni de acusar a nadie. Lo expresa bellamente el artículo 62 de las constituciones “...nuestro modo de vivir testimonia, especialmente a los jóvenes, que Dios existe y que su amor puede llenar una vida”. La fuerza del anuncio del evangelio no está en la solidez de los argumentos sino en la osadía de los testigos. Testigo es aquel querido Gustavo, que es capaz de vivir en carne propia lo que hemos escuchado en el evangelio: No hay amor mas grande que dar la vida por los amigos. ¿Y que es tu profesión perpetua sino el compromiso de dar toda la vida por los jóvenes más pobres, que tienen que ser tus amigos?

Permítanme profundizar un poco más en el significado de esta entrega. Como afirmé antes, la raíz de toda consagración está en el encuentro entre Dios que llama y el discípulo que responde. Pero es necesario entender mejor esto, especialmente en estos tiempos de transición, de incertidumbres. El encuentro con Dios no es algo que se da una vez y es para siempre. La raíz de toda experiencia de Dios está en la búsqueda incesante de su rostro, toda vez que nunca poseemos a Dios para siempre. Dios es siempre la eterna pregunta que acompaña nuestro caminar. Y es la pregunta que acompaña a todo hombre. Dios es ese deseo que anida en cada corazón y que a veces se nos aparece como insatisfacción, otras como un intenso deseo de plenitud, tantas como el deseo de felicidad o bienestar. Cuando los hombres buscan ser felices, aún por caminos equivocados, no hacen otra cosa que buscar a Dios. Aún

este tiempo, esta cultura que parece ignorar a Dios, está sedienta de su rostro, de su misterio. El consagrado, querido Tabo, es alguien cuya certeza es que no hay plenitud posible lejos de Dios. Y que todo el misterio de este universo hermoso y admirable, de toda vida que palpita y desea, que sueña y ríe tiene su plenitud en él. Y que las oscuridades que nos circundan, los dolores que nos atraviesan, las lágrimas que tantas veces nublan nuestros ojos, sólo se soportan en él. Es por ello que el primer desafío de todo consagrado es buscar su rostro. Buscarlo cuando todo es lindo y vale la pena, pero también cuando la noche nos cerca y hemos perdido sus huellas. ¿En qué consiste tu consagración y entrega a los jóvenes más pobres? En compartirles tu búsqueda de Dios. La consagración que hoy harás para siempre te convierte en un apasionado buscador de su rostro, rastreador de sus huellas, experto caminante. Es por ello que para ser pastor de los jóvenes, la experticia no nos viene de los libros, de las ciencias, de la teoría, sino de la vida desafiada por el misterio de Dios.

Hace varios años leí un texto que me impactó mucho. El libro se llamaba *El fuego en estas cenizas*. La autora, Joan Chittister, decía: **“La madre Sylvester, mi primera priora, venía dos veces al año a nuestro noviciado, y en ambas ocasiones nos hacía una única pregunta. Se caracterizaba por su paciencia y nos instruía paulatinamente. Veía con benevolencia el hecho de que la mayoría de las novicias fallara la prueba de manera habitual en la primera visita, pero se mostraba claramente descontenta cuando fallábamos durante la segunda. «¿Por qué has entrado en la vida religiosa?», nos preguntaba una tras otra con los brazos cruzados bajo el escapulario y la cabeza inclinada hacia abajo para escudriñarnos por encima de las gafas mientras estábamos sentadas alrededor de la mesa. A primera vista, dábamos unas respuestas maravillosas: «Para entregar mi vida a la Iglesia», decía la piadosa; «Para salvar mi alma», decía la precavida; «Para convertir al mundo», decía la fanática. No, no, no, indicaba la Madre Sylvester con un movimiento de cabeza. «No es eso. No es eso. Habéis entrado en la vida religiosa, queridas hermanas —decía con tristeza—, únicamente para buscar a Dios». Únicamente para buscar a Dios... La respuesta sorprende por su simplicidad, por su vulgaridad, por su universalidad y por sus exigencias. Su tremenda verdad lo cambia todo. Para la persona que no pueda encontrar a Dios en ella, permanecer es un error. Para la persona que no busque a Dios en ella, marcharse es un imperativo. Para la persona que pueda encontrar a Dios mejor en otro lugar, irse es una gracia. Se trata de una respuesta sencilla que perdura en el tiempo y, lo que es más importante aún, sigue siendo válida.”**

Claro que buscar a Dios es un desafío para cada día durante toda la vida. Y los grandes creyentes nos han dicho una y otra vez que nunca podemos estar seguros de Dios. A veces sus silencios nos aturden, otras sus caminos nos desconciertan y tantas veces debemos escuchar como el salmista ¿dónde está tu Dios? Dónde está tu Dios es la pregunta de muchos hermanos nuestros, de tantos jóvenes, que por muchas circunstancias no logran percibirlo. Dónde está Dios es la pregunta de los hombres de todas las épocas cuando por diversas circunstancias Dios se le ha hecho extraño. Tu consagración Tabo, no es un regalo para vos, sino para los jóvenes más pobres. Como nuestro padre Don Bosco, debés buscarlo no dentro de los muros, ni siquiera en el patio de valdocco, sino en las calles, en los andamios, en las cárceles, allí te esperan con esa pregunta que desgarrá tantas veces el corazón del hombre; ¿dónde está Dios? Y esa pregunta debe ser nuestra pregunta. Ponerla en nuestro corazón y permanecer con ella. No intentes respuestas fáciles, dogmáticas, que sólo alejan del Dios verdadero. Es por ello quizás que la vida religiosa que nació para vivir en los márgenes, en la frontera, nació para ser

una experiencia de liminalidad, su experiencia fundante está en permanecer en ese margen, en ese límite existencial que nos pone en la búsqueda de Dios y que nos deja solos, en la intemperie.

Con inmensa solemnidad el evangelio que hemos escuchado dice: A la hora de pasar de este mundo al Padre, Jesús dijo a sus discípulos: Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Permanecer en su amor es el desafío, querido Tabo, de toda tu vida. Te esperan los jóvenes más pobres, para que seas testigo de este amor. Nunca olvides que en cualquier circunstancia de la vida, cuando este jugando al fútbol con ellos, a dando clase, o escuchándolos, o dando un plato de comida, siempre deberás ser testigo de su amor, siempre tu vida deberá transparentar a Dios.

Nuestro padre Don Bosco fue un hermoso ejemplo de ello. Su vida fue toda de Dios y toda de los pibes. Él fue testigo extraordinario del amor de Dios.

Quiero terminar encomendándonos y encomendándote a nuestra Madre, Auxiliadora. Ella que le dio el sí al ángel sólo confiando en los misteriosos caminos de Dios, Ella que acompañó el camino de Jesús y que permaneció al pie de la cruz, seguramente sin entender esos caminos, cuide de tu consagración y de tu servicio a los Jóvenes.